

*Los Nuevos Mundos de la Geografía**

Milton ALMEIDA DOS SANTOS

La Universidad se distingue de las demás instituciones de la sociedad por la posibilidad de elaborar sus propios sistemas de reconocimiento al trabajo, con indiferencia al paso del tiempo y a los avatares del poder. Eso no significa, sin embargo, que ella no pueda ser también, y en ciertos casos, generosa. Parece que a este último sentimiento debo atribuir el otorgamiento, del que mucho me enorgullezco, de este título de «Doctor Honoris Causa» de la Universidad Complutense de Madrid.

Esta Casa de Estudios, a lo largo de siglos de existencia proficua, pudo granjear reputación merecida y creciente, gracias a la calidad de su enseñanza y al rigor de su investigación innovadora, que le aseguran un lugar de realce en el conjunto de las grandes universidades mundiales. En particular, la Geografía que se practica es un modelo, por la actualidad de los temas, por el espíritu de sistema con que ellos son tratados, por la elegancia con que los descubrimientos aquí realizados son transmitidos en publicaciones prestigiosas.

He aquí por qué puedo envanecerme con esta investidura. Buscando, no obstante, las razones de este premio, encuentro sólo dos merecedoras de mención. La primera es mi propio trabajo, una labor continua y pertinaz que discul-

* Discurso de aceptación pronunciado por el Dr. Milton Almeida dos Santos en su investidura de «Doctor Honoris Causa» por la Universidad Complutense de Madrid.

pa la modestia, y cuyo mérito está muy por debajo del generoso retrato trazado por D. Joaquín Bosque Maurel. Es esa tarea que me ha acercado a la geografía española. La segunda razón, tal vez la más relevante, viene de la similitud de trayectoria entre la geografía española y la geografía brasileña, dos geografías dinámicas que, en los últimos lustros, venimos esforzándonos para aproximarlas con éxito innegable.

Ambas geografías son antiguas por la práctica de geógrafos y no geógrafos, y son jóvenes por su institucionalización reciente. En sus tiempos históricos, se desarrollaron bajo una misma influencia, la de la geografía francesa que, de cierta forma, marca aún hoy la práctica de la disciplina en los dos países. Más, la geografía española y la geografía brasileña están influenciadas en especial por las realidades locales profundas, en aquello que pesa más fuertemente sobre la existencia de la sociedad. Es de esta forma que las dos geografías comienzan a crear y a imponer su propio método, inspirado por la fuerza de los fenómenos de casa, con los cuales las teorías y prácticas importadas no siempre armonizan.

La geografía brasileña y la geografía española se tornaron geografías abiertas, lectoras de todo lo que, cerca o lejos, pudiese interesar a su enriquecimiento, buscando en diversas escuelas nacionales ejemplo y estímulo, al mismo tiempo en que también se afirmaban como escuela. El bello libro de Joaquín Bosque sobre *Geografía y Geógrafos en la España Contemporánea*, así como otros estudios dedicados a la historia de la disciplina en España (J. Bosque, 1983; J. Bosque *et al.*, 1993; J. Vilá Valenti, 1989) dan cuenta de ese proceso de crecimiento, autonomización y madurez. Es, tal vez ese, el secreto de su percepción de las realidades del mundo que, en esta fase de globalización, acaba por instalarse como verdadero paradigma en las dos geografías. Por eso, son privilegiados, en ambas, temas abarcativos así como la preocupación con el encuentro de una metadisciplina geográfica. Esta facilitaría el trabajo interdisciplinar y la construcción de una teoría social renovada, donde el espacio comparezca activamente.

Fue a partir de esas realidades comunes que decidí elaborar este discurso de investidura, consagrado a lo que llamo *Los Nuevos Mundos de la Geografía*. Más que una obra acabada, se trata de un programa de trabajo, orientado a la problemática emergente del espacio y de la geografía en el período histórico actual.

El título de este ensayo «Los Nuevos Mundos de la Geografía» también podría ser «La Geografía de la Globalización», «La Geografía del período técnico-científico» o, cediendo a una moda persistente, «La Geografía de la Postmodernidad».

¿Cómo tratar este tema? Proponemos hacerlo a partir de tres tópicos: 1) los nuevos horizontes descortinados, en este fin de siglo; 2) los nuevos desafíos a la constitución del saber geográfico: realidades y metáforas; 3) los enfoques posibles.

LOS NUEVOS HORIZONTES DESCORTINADOS

En una pieza célebre, escribiendo respecto a la creación de los nuevos mundos, Paul Claudel presenta un Colón que exclama: «fui enviado para reunir la tierra». Era víctima de la creencia, venida del fin del siglo XV, según la cual el descubrimiento de nuevos continentes completaba el conocimiento del mundo. Esa creencia fue renovada con cierta frecuencia, ya que otros descubridores, pero también autores, a lo largo de los años imaginaron que el mundo había sido completamente descubierto.

Es el caso, por ejemplo, de lo sucedido en 1758, cuando se imagina haber encontrado la medida de la Tierra a partir de la posibilidad, por primera vez establecida, de conferir las distancias entre los astros, y de establecer las cartas de los mares de una forma más precisa, con la producción de una imagen del Planeta más próxima a su realidad.

Ya en nuestro siglo, André Siegfried, en su libro seminal *Aspects du XXème Siècle*, dice: «nuestra generación acaba de descubrir el mundo» y agrega: «sin duda, Vasco de Gama, Colón y Magallanes, hace cuatro siglos alcanzaron las regiones más distantes del planeta. Más su obra permanecía incompleta, porque en nuestros mapas aún existían lugares, manchas, en los cuales aún se podía leer el término *tierra desconocida*». Decía, todavía, Siegfried: «en el cielo, los nuevos horizontes también se ensancharon en proporciones que desafían la imaginación, porque el siglo XX realiza la existencia de las galaxias, la inmensidad del universo y su continua expansión». Esto fue escrito hace 40 años. Ese pensador tendría, ahora, que reescribir este texto, ya que hoy, finalmente, el mundo es realmente posible de conocimiento...

Al mismo tiempo, se tornó posible divisar de otra forma los sistemas solares e imaginar al hombre transportándose a otros universos. Pero también eso refuerza la certeza de que la tierra del hombre es ese planeta, no el universo. Es posible que el hombre llegue a otros astros por intermedio de naves espaciales pero, también sabemos que la comunicación sólo es posible cuando la percepción y el entendimiento del tiempo son los mismos para los interlocutores (V. Ferkiss, 1974); y todo indica que ese entendimiento no existe, aunque pudiese haber vida en otros cuerpos célebres.

A lo largo del tiempo la humanidad fue ciertamente ampliando el conocimiento del planeta. Durante siglo, la idea que los hombres tenían del ecúmeno era muy limitada en relación a lo que realmente existía. El fin del siglo XV ya marca un enorme cambio con la conquista del camino de las Indias, que permitió al hombre ir al Oriente por la vía de Occidente y encontrar nuevas tierras, incluyendo las Américas. A partir de ese momento, se amplía el horizonte geográfico de la humanidad y ese proceso se va desarrollando hasta que, en esta segunda mitad del siglo, gracias al desarrollo superlativo de la ciencia y de la técnica, el conocimiento del Universo se torna más completo.

Si en los descubrimientos anteriores la parte del acaso era muy fuerte —aunque se discuta si escuelas como la de Sagres eran precientíficas o científicas—, la reciente ampliación del horizonte geográfico tiene como base la ciencia. La geografía se renueva a través de las relaciones íntimas y biunívocas entre las técnicas y la ciencia. Esto nos conduce, hoy, a la cognoscibilidad del planeta. Es la primera vez en la historia de la humanidad que el planeta se torna enteramente susceptible de conocimiento, conocimiento global y conocimiento local, permitiendo una visión no sólo estática, sino igualmente dinámica de la totalidad del ecúmeno. Cada día, el hombre de la calle puede leer en la prensa cómo los científicos determinan las distancias, descubren la forma de otros planetas y renuevan el conocimiento de los sistemas de astros. Por otro lado, fue posible establecer coordenadas nuevas mucho más precisas para el tiempo y para el espacio. Ambos, tiempo y espacio, comienzan a ser medidos con exactitud más que milimétrica.

Todos esos descubrimientos y posibilidades abiertos por los progresos científicos y técnicos van a dar una estructura diferente a lo que existe, comenzando por las nuevas formas que gana la antigua oposición entre esencia y apariencia. Si nos limitamos a un pasado no tan remoto, identificamos tres momentos de esa oposición.

El primer momento fue aquel en que se imaginaba una separación radical entre lo ideológico y lo real, distinguiendo, en el mismo movimiento de una sociedad, el dominio de la denominada realidad y el dominio de la llamada ideología. Esa discusión fue abordada por diversas filosofías, entre ellas la filosofía del marxismo, la cual insistió durante mucho tiempo en esa separación entre lo real y lo ideológico, considerada por algunos como absoluta.

Los progresos de la técnica y la evolución de los procesos productivos, desde mediados de este siglo, llevaron a aceptar que la ideología también se había tornado real, con el perfeccionamiento del proceso por el cual se presenta la falso como si fuese verdadero. Este es el segundo momento de la mencionada oposición.

El tercer momento es el actual, en el cual el resultado de la historia convive con la fábula, donde, además, es a partir de la fábula que se construye la historia. ¿Y qué decir de los espacios de lo virtual y de la manipulación extrema de la imagen? Esa confusión máxima a que nuestros espíritus están hoy subordinados nos introduce en la cuestión de la postmodernidad.

Esta es una época de paradojas, una época de visibilidad difícil, cuya definición es intrincada, y que desafía nuestra capacidad de entendimiento y de conceptualización. Durante todos estos siglos, viajamos de lo desconocido a lo conocido; y ahora, en el fin del siglo, hacemos el viaje de regreso, de lo conocido a lo desconocido: con las enormes posibilidades abiertas en el mundo por la ciencia y por la técnica, nada nos escapa y todo nos escapa. En el inicio de esta historia, la oposición era entre lo conocido y lo desconocido; hoy, la gran oposición es entre el Mundo y sus visiones que pueden ser elaboradas e impuestas como si fuesen el Mundo.

NUEVOS DESAFÍOS A LA CONSTITUCIÓN DEL SABER GEOGRÁFICO: REALIDADES Y METÁFORAS

Las mismas condiciones que contribuyen a ampliar el horizonte geográfico actúan, también, para limitar el entendimiento de las cosas. ¿Qué es, finalmente, en este mundo artificializado, metáfora y realidad genuina?

¿Cómo enfrentar cuestiones como la de las nuevas relaciones espacio-tiempo con la decantada preeminencia del tiempo sobre el espacio, la idea de desterritorialización, la redefinición de la región y del lugar, el papel de la producción de la hiperrealidad, con lo virtual y la manipulación de la imagen? Son problemas reales que interesan y desafían a los geógrafos, por encontrarse en el propio centro de su temática esencial que es el espacio.

Como los períodos históricos son marcados por la llegada de nuevas condiciones técnicas, las denominadas relaciones espacio-tiempo cambian en cada uno de ellos. Por lo tanto, decir que estamos viviendo nuevas relaciones espacio-tiempo es solamente una llamada para definir mejor lo que de ellas resulta. Esa apelación representa un problema, porque puede ser llevada al debate sin que tengamos antes que definir tiempo y espacio. Sin definición previa, esa expresión aparece como metáfora, en la medida que no permite la proposición de ningún concepto y, por lo tanto, no resulta operacional desde el punto de vista del trabajo intelectual. Sabemos, de otro modo, que la metáfora no pretende ser operacional, sino sólo llamar la atención hacia aspectos de un fenómeno.

Ganaremos más en precisión si partimos de aquello que posibilita esas nuevas relaciones espacio-tiempo, esto es, los avances científico-técnico-informacionales actuales. A partir del estado actual de la ciencia, de la técnica y de la información, y de cómo se definen en el período actual, adquirimos la posibilidad de redefinir tiempo y espacio. Sin embargo, la geografía parece no tener un gran apetito por la introducción de la técnica en su teorización, en su método y en sus estudios empíricos sistemáticos. Ese abandono es, a nuestro juicio, una de las causas de la vaguedad de expresiones como «relaciones espacio-tiempo». Pensando en la técnica, podríamos definir el tiempo y el espacio a partir de los mismos elementos, adoptando idénticos parámetros. Por consiguiente, suprimiríamos ese guión entre espacio y tiempo y consideraríamos los dos como una realidad unitaria, un espacio tiempo, para así crear la oportunidad de construir una teoría geográfica válida. Volveremos a esto en el lugar adecuado.

Una de las consecuencias es la aceptación, a veces tranquila, de la idea de la preeminencia del tiempo sobre el espacio. Cada vez que gana un nuevo impulso, la velocidad desorienta y permite imaginar que el proceso de evolución ya alcanzó su ápice. La velocidad aumentada da la impresión que el espacio es suprimido y que es el tiempo lo que cuenta. De ahí esa idea del tiempo deshaciendo al espacio. En parte, además, esto procede del equívoco de asimilar la idea de espacio a la idea de distancia.

Otro dato que lleva a insistir en lo que sería la preeminencia del tiempo sobre el espacio es la posibilidad de teleacción, que crea las condiciones de la denominada telepresencia. La acción puede darse a partir de puntos muy lejanos gracias a la posibilidad del transporte a distancia de los mensajes, de las ideas, de las órdenes. Con la convergencia de los momentos y la conquista de la simultaneidad, la llamada fricción del espacio desaparece o se reduce drásticamente. La simultaneidad, la unicidad de los momentos puede dar la impresión de que el espacio no existe.

No obstante, en realidad, el tiempo no suprime el espacio, sino, al contrario, se realiza por el espacio. El tiempo empírico sólo se da en los lugares y lo hace con la posibilidad de transformar un tiempo general —el tiempo del mundo— en un tiempo particular, que es el tiempo propio a cada uno de nosotros, a cada empresa, a cada institución, realizado en función de condiciones técnicas y organizacionales típicas de cada lugar. De este modo, es el lugar el que determina el tiempo y no el tiempo el que determina el lugar.

Desterritorialización es una palabra más del vocabulario postmoderno y puede ser vista según diversas acepciones. Una de ellas es la muerte del Estado territorial, hoy atravesado por los flujos transnacionales que no respetan fronteras. Sin embargo, otro entendimiento del término se refiere a la gran movilidad de los hombres y de todos los factores, proveniente de una cierta confusión entre la idea de localización y la idea de inmovilidad. Si los factores migran, es exactamente para localizarse en otro lugar. En los días actuales hay más movilidad, pero no existe desterritorialización, pues cambio en el espacio no significa no estar en el espacio.

En este contexto, la idea de no-lugar puede ser considerada, por lo menos, en dos sentidos. Una primera acepción alude a la inmaterialidad de la economía actual, concretada en virtud de la información que constituye por sí misma un vehículo. Pero, a pesar de la economía inmaterial, la circulación de la información exige bases materiales localizadas.

Por otro lado, la idea de no-lugar indicaría también que, en el mundo actual, existe un gran número de formas espaciales parecidas unas a otras como los edificios inteligentes en las grandes ciudades. Si todo es igual, ¿qué caracterizaría el lugar? No obstante, la realidad del lugar no está dada por la existencia de esos edificios, sino por el orden espacial y temporal del conjunto de objetos. El orden espacial revela cómo esos edificios se ordenan y combinan con edificios de otros tipos y edades en un determinado lugar, mientras que el orden temporal significa la secuencia de su instalación. De ese modo, aunque desde el punto de vista morfológico y, especialmente, desde el punto de vista funcional, existan semejanzas entre los objetos presentes, cada punto de la superficie de la tierra tiene una definición diferente y echa por tierra la idea de no-lugar.

Es en ese orden de ideas que pretenden algunos decretar la muerte de la región. Una región es una situación y una construcción, es decir, un producto

social. En el mundo de hoy tenemos una menor duración del edificio regional. Las regiones se hacen y deshacen con mayor rapidez, en tanto que, por otro lado, aumenta la espesura del acontecer. El número de eventos en el mundo actual es mucho mayor que en el mundo del pasado y, también, es mucho mayor el tropel de los eventos, ya que en el mismo lugar acontecen más eventos por unidad de tiempo y más eventos por unidad de espacio.

Sin embargo, la esencia de la región no está constituida por la longevidad del edificio sino por su coherencia funcional. El hecho de tener vida corta no cambia la definición del recorte territorial. Las regiones mudan de límites porque la escala de la coherencia funcional cambia con el pasaje del tiempo.

El período histórico actual, caracterizado por la impermanencia y por la fugacidad, embiste con toda nuestra herencia cultural y con nuestra memoria de un tiempo en el cual las cosas se modificaban lentamente. Hoy el pasado largo, y que se tornó denso por haber sido largo, es sustituido por un presente denso. El presente extendido —no el presente instantáneo— es relativamente corto, pero es rico por el número de interacciones y por la calidad de esas interacciones. En la región actual, la novedad es que la acumulación es sustituida por la intensidad.

Para Schutz (1967), en una situación dada, tenemos paralelamente un mundo de los antepasados y un mundo de los contemporáneos, siendo que nuestros padres hacen el trazo de unión entre esos dos mundos. El presente, hasta recientemente, era mucho más influenciado por el mundo de los antepasados y hoy lo es mucho más por el mundo de los contemporáneos.

Según Luhmann (1982), poco podemos hacer con el pasado distante y poco podemos comandar del futuro distante. De este modo, estaríamos mucho más cerca de construir el futuro que antes, ya que el mundo de los contemporáneos prima sobre el mundo de los antepasados y el pasado distante tiene hoy un menor valor. Por eso, no es más el pasado largo nuestro guía, sino el futuro. La memoria puede aún ser un cemento de la sociedad, pero el ancla de la sociedad es el futuro.

Además de los espacios de lo real, nuestra época también produce otros, antes totalmente imposibles, como los espacios de la hiperrealidad, en la forma de la imagen o de lo virtual. Para Leibniz, sería posible la existencia de una máquina «cuya estructura haga pensar, sentir y tener percepción», pero agrega «visitándola por dentro lo que encontramos son sólo piezas que se impelen unas a las otras más que jamás explicarán una percepción». Se trata de una premonición de Leibniz, pero eso no basta para alcanzar una interpretación de la diferencia entre lo que sería lo real y lo hiperreal.

Georges Balandier (1987), en su artículo «Images, Images, Images», afirma que la imagen actual es responsable por la producción del nuevo real. La imagen seduce, desconcierta, inquieta, pero tiene que ser considerada porque es el centro del modo contemporáneo de producción de visiones del mundo. Todo eso

se relaciona con la geografía porque ésta ha buscado una visión del mundo llamada científica, que se opone a otras visiones del mundo. Cuando el mundo pasa a producir ese nuevo real, el trabajo del geógrafo resulta extremadamente complicado. A través de los outdoors y de todos los signos que forman parte del paisaje, lo ideológico se instala hoy en lo real. Esto también interesa al geógrafo y le exige una interpretación conjunta con los otros elementos. No se puede, a priori, desconsiderar tal o cual aspecto o parte del espacio.

Cabe, al contrario, tomar el conjunto y encontrar la forma de su explicación abarcativa.

LOS ENFOQUES POSIBLES

El desafío que espera a la Geografía en esta época de grandes cambios es la reconstitución de su corpus explicativo. Su tarea es partir de las realidades y metáforas para llegar a conceptos que sean, al mismo tiempo, constitutivos y operacionales, es decir, que representen nuestra época y permitan analizarla debidamente.

En cada momento histórico, el Mundo, como totalidad, puede ser definido como un conjunto de posibilidades concretamente existentes, históricamente presentes como potencialidad o como acto. Cada época hace surgir variables nuevas, productos de la inteligencia humana y motor del progreso. La historia de las técnicas vuelve a trazar esa historia del mundo. Los sistemas técnicos sucesivos marcan la subdivisión de la historia en períodos, épocas caracterizadas por modos de hacer, esto es, autorizaciones para hacer y posibilidades de hacer.

Esas posibilidades definen el Mundo en un momento dado, pero no se realizan universalmente. La totalidad-mundo está formada por variables que en ningún momento se dan de forma completa y que jamás se encuentran en todas partes. Este es el principio de diferenciación de las partes dentro del Todo y de la diferenciación de los lugares, en el conjunto del espacio.

El Mundo es sólo el Ser, en tanto que el Lugar sería el Existir, porque el mundo únicamente lo es como latencia. Todo lo que existe en el lugar también existe en el Mundo, pero lo recíproco no es verdadero.

El gran real total es la Historia, que se va haciendo concretamente en los lugares, a través de las formas sociales que van siendo cambiadas y de las formas geográficas que se adaptan a la evolución histórica. Al engarzarse en una forma, y en conjunto con ella, la función constituye la aparición concreta de ese real total. Así, el lugar, como forma-contenido, es una funcionalización del Mundo, el medio por el cual la totalidad se empiriza, el instrumento del pasaje del Ser a la Existencia.

El gran privilegio de los que vivimos este fin de siglo es que la noción de totalidad se enriquece y se afirma mediante los progresos científicos y técnicos.

Hasta ahora la totalidad era construida como un concepto intelectual. Hoy, a partir de las posibilidades abiertas con la cognoscibilidad del Planeta, se tornó posible trabajar con una totalidad empíricamente construida. En este fin de siglo, tanto es empirizable la esencia del universo como lo son sus funcionalizaciones. Hasta nuestra generación, la totalidad se producía en la mente de los filósofos, era una construcción intelectual, pero no tiene existencia concreta, empírica, gracias al hecho de que todo el planeta está cubierto por un sistema técnico unitario, utilizado por un sistema de producción global, que universaliza los hombres, los objetos y sus relaciones. Se trata, por primera vez en la historia del hombre, de una universalidad concreta, empírica (Santos, 1983). Con la unidad del mundo producida por la globalización, los eventos se unifican, la dependencia de las partes en relación al todo se torna concretamente verificable y los lugares se universalizan.

Entonces esa universalidad concreta y esa totalidad empírica, permitida por la técnica actual, deben posibilitar a la Geografía un gran salto teórico, uniendo el lugar y el mundo en un mismo movimiento visible y asegurando la superación de tantas otras dicotomías y ambigüedades que venían marcando el método geográfico hace más de un siglo.

Es así también que, a través de la Técnica, el Tiempo y el Espacio se funde y pueden ser apreciados en esa fusión.

Sin embargo, así como el Mundo sólo existe como latencia, no existe tampoco un tiempo global. En realidad, existe un reloj mundial, al servicio de las grandes organizaciones, tiempo despótico que, directa o indirectamente, comanda la totalidad de las acciones, aunque no consiga sustituir los otros tiempos (Santos, 1994).

El tiempo general —el tiempo del mundo— está dado por el conjunto de condiciones de la vida social en un cierto momento, una separación en el transcurso, un corte que revela el conjunto de las posibilidades de acción, pero que sólo existe como generalidad.

La individuación y empirización del tiempo del mundo se da como temporalización práctica (Sartre, 1960), la temporalización es una especie de interpretación del tiempo, a partir de lo cual los diversos individuos, grupos, clases, empresas, instituciones. Estados, según sus propias distinciones de poder, sabiduría, conocimiento, lugar, producen acciones. En otras palabras, la praxis individual-social produce tiempos empíricos concretos a partir de posibilidades históricas teóricamente abiertas a todos. Como esas posibilidades son, por varias razones, desigualmente utilizadas, se producen temporalidades diversas.

El tiempo nos ofrece posibilidades que son virtuales en cuanto permanecen en la esfera de lo posible, hasta que las tomemos y ejerzamos acción. Con la acción, las posibilidades virtuales se tornan realidades prácticas. La temporalización transporta, por la vía del trabajo, las posibilidades del Mundo a un Lugar. Es el proceso de especialización.

La espacialización de que habla E. Soja (1989) no es el espacio, sino solamente la forma con que la temporalización práctica se da sobre un espacio ya constituido, para convertirlo en otro espacio. A través de esa asociación entre la temporalización práctica y la espacialización práctica, los conceptos de tiempo y espacio se confunden en el concepto de tiempo-espacio, y la percepción de esa fusión debe conducir a un avance epistemológico dentro de la disciplina geográfica.

La forma y el tiempo son los polos del entendimiento. También pueden ser la base de producción de una teoría geográfica válida que valore, al mismo tiempo, el fenómeno, la existencia y la esencia, representada por la Historia. ¿se tratará de una geografía fenomenológica y existencialista o de una filosofía de las técnicas?

La fenomenología se propone trabajar partiendo de las cosas-ellas-mismas, pero desterrando el empirismo porque su método trasciende lo corpóreo, la mera sensación de la cosa, buscando incluirlas en un contexto más amplio, el contexto de la historia. Es así que se pasa de la existencia a la esencia. Como el espacio geográfico no es sino una funcionalización del mundo —la esencia transformada en existencia—, el método debe aplicársele cuidando de utilizar la técnica como mediación necesaria, ya que ésta es hoy el gran vehículo del proceso histórico. En este sentido, una geografía fenomenológica y existencialista será también una filosofía de las técnicas, una filosofía basada en la producción concreta del mundo y de los lugares, «filosofía científica» (Husserl, 1964) que es fundada, al mismo tiempo, en las posibilidades abiertas por el mundo y en su realización empírica en los lugares.

Un objetivo a alcanzar es superar las dicotomías que siempre amenazaron nuestra disciplina, comenzando por esa idea persistentemente ambigua, la idea de paisaje. Superar las dicotomías entre lo universal y lo particular, entre la objetividad y la subjetividad, entre la estructura y la historia, entre aquello que denominamos apariencia (y que llamábamos hasta recientemente ideología) y la realidad (aquello que llamábamos realidad, hasta descubrir que la ideología también es realidad).

La fenomenología aparece como instrumento fundamental dentro de la geografía. A través de las cosas, de los objetivos, es decir, de la configuración geográfica, la fenomenología permite pasar de lo universal a lo particular, sin caer en el riesgo de una interpretación empiricista, yendo más allá de la cosa, del objeto, de la materialidad del espacio. La dicotomía entre objetividad y subjetividad también puede ser balizada tanto por la noción de estructura, como por el uso de un método fenomenológico que incluya lo que osamos llamar Geografía Existencialista. Esto es, una geografía abarcativa del Ser y del Existir, que no se contente con un enfoque individualista y fragmentario, en el cual el movimiento del mundo como un todo y de la sociedad como un todo es excluido. Se trata de la producción de la particularidad como realización de la existencia. La socie-

dad global sería solamente la esencia, mientras que la existencia estaría dada por los lugares, en su condición particular y cuya cristalización provisoria, incluyendo materia y espíritu, depende de las condiciones actuales de tiempo, a ser resueltas inmediatamente en el tiempo siguiente por otra definición. La exigencia fundamental para ese entendimiento parece provenir del hecho de que el espacio representa la sociedad, pero en la condición de uno de sus aspectos, una instancia que, a su vez, debe ser objeto de preocupación analítica, de modo de precisar bien y definir su constitución, sus componentes, sus procesos. Así, se abre la oportunidad de elaborar un sistema de conceptos abarcativos que, de forma sistémica, exprese ese aspecto de la realidad, lo espacial de lo social, lo socio-espacial.

La técnica, ya recordaba Ortega y Gasset (1939), es un momento del mundo. Actualmente, es la base del proceso de globalización, que se impone como un gran paradigma histórico para el trabajo de todas las ciencias sociales y humanas.

Insistimos en la idea de reconocer nuestro tiempo como un período histórico, el período técnico-científico. Nuestra definición del espacio como conjunto indisociable de sistemas de objetos y de sistemas de acciones (Santos, 1994) sólo es inteligible si consideramos el medio geográfico como un medio técnico-científico-informacional.

Destinada a trabajar un mundo, que ahora es amplia y profundamente perceptible, la geografía gana posibilidades nuevas, gracias a esa cognoscibilidad del planeta. Y esa intercomunicabilidad entre los hombres, debida a las facilidades de comunicación, nos obliga a considerar la producción de las redes de flujos de información. Estas se superponen a los flujos de materia, y constituyen la nueva matriz de la organización territorial, comandada por telas de araña invisibles pero determinantes de lo que hay de más importante en la vida económica, social, política y cultural. Todo lo que contribuye a la producción de la totalidad empírica, puede ser la base de una teorización geográfica fecunda, ayudando a entender lo que existe. Y, a partir de las posibilidades del mundo todavía no utilizadas, o utilizadas incompleta o incorrectamente, podremos proponer las combinaciones que atribuyan a los lugares y a los hombres las bases de una existencia más armoniosa y más digna. Así, las condiciones están dadas para que se reconstruya, a partir de las nuevas realidades, una Geografía capaz de tener fuerza explicativa y de participar, al mismo tiempo, de la necesaria reconstrucción de la teoría social y de la urgente reconstrucción del Mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- BALANDIER, Georges (1987): «Images, images, images». *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXXII, pp. 7-22.
- BOSQUE MAUREL, Joaquín (1983): «Los estudios sobre pensamiento geográfico en España (1940-1982)». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 3, pp. 253-265.

- BOSQUE MAUREL, Joaquín (1992): *Geografía y Geógrafos en la España Contemporánea*. Universidad de Granada. 297 pp.
- BOSQUE MAUREL, Joaquín *et al.* (1992): *Geography in Spain (1970-1990)*. Real Sociedad Geográfica, Asociación de Geógrafos Españoles y Fundación BBV. 310 pp.
- FERKISS, Víctor (1974): *The Future of Technological Civilization*. New York, George Braziller.
- HUSSERL, Edmund (1964): *Ideas, General Introduction to Pure Phenomenology*. London, Allen and Unwin, (5th ed.).
- LEIBNIZ, W.: *Obras Escogidas*. Lisboa, Livros Horizonte, s.d.
- LEHMANN, Niklas (1982): *The Differentiation of Society*. New York, Columbia University Press.
- ORTEGA Y GASSET, José (1939): *Meditación de la Técnica. Vicisitudes de las ciencias. Bronca en la Física*. Madrid, Revista de Occidente.
- SANTOS, Milton (1984): «La Geografía a fines del siglo XX: nuevas funciones de una disciplina amenazada». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 36, núm. 4, núm especial: *Epistemología de las Ciencias Sociales*, pp. 693-709.
- SANTOS, Milton (1994): *Técnica, Espaço, Tempo*. São Paulo, Hucitec, 190 pp.
- SARTRE, Jean-Paul (1960): *Critique de la Raison Dialectique*. Paris, Gallimard.
- SCHUTZ, Alfred (1967): *The Phenomenology of Social World*. Evanston, Ill, Northwestern University Press.
- SEIGRIED, André (1954): *Aspects du XXème Siècle*. Paris, Gallimard.
- SOJA, Edward (1989): *Postmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Londres, Verso/Ner Left Books, 266.
- VILÁ VALENTI, Juan (1989). *El Conocimiento Geográfica de España. Geógrafos y Obras Geográficas*. Madrid, Editorial Síntesis, 165.

RESUMEN

Los nuevos mundos de la geografía.

Con este título, que también podría ser «La Geografía de la Globalización», «La Geografía en el período técnico-científico» o «La Geografía de la Postmodernidad», se plantean tres tópicos principales: los nuevos horizontes descortinados, los nuevos desafíos a la constitución del saber geográfico (realidades y métodos), y los enfoques posibles en el que el Mundo es el Ser, el Lugar sería el Existir y el Gran Real Total es la Historia. En ese complejo, a través de la Técnica, el Tiempo y el Espacio se funden y pueden ser apreciados. Así en el momento actual, puede llegarse a una Geografía capaz de tener fuerza explicativa y de participar, a la vez, de la necesaria reconstrucción de la teoría social y de la urgente reconstrucción del mundo.

ABSTRACT

New Worlds in Geography.

Under this title, that could be as well «Geography of Globalization», «Geography in the technical-scientific period» or «Post-Modernity Geography», three main topics are brought up: the new revealed horizons, the new challenges

to geographical knowledge (realities and methods) constitution, and possible approaches where the World is the Being, the Place is to Exist and the Big Total Reality is the History. In such a complexity, Time and Space melt through Technology and can be understood. Thus nowadays, we can reach to a Geography able to explain and to participate, at the same time, in the needed reconstruction of social theory and in the urgent reconstruction of the World.

RESUME

Les nouveaux mondes de la géographie.

Avec ce titre, qui pourrait aussi être «La Géographie de la Globalisation», «La Géographie pendant la période technique-scientifique» ou «La Géographie de la Postmodernité» on envisage trois topiques principaux: les nouveaux horizons désorientés, les nouveaux défis de l'établissement du savoir géographique (réalités et méthodes), et les différentes possibilités de points de vue où le Monde est l'être, le Lien serait l'Existence et la Grande Réalité Totale est l'Histoire. Dans ce complexe ensemble, à travers la Technique, le Temps et l'Espace s'unissent et on peut les apprécier. En ce moment donc, on peut arriver à une Géographie qui est capable d'avoir force explicative et de participer en même temps à la nécessaire reconstitution de la théorie sociale et à l'urgente reconstitution du Monde.